

*8 de diciembre*

«Pero ¿esto qué es?», pienso mientras desenvuelvo la magna cursilada que me ha regalado la abuela Isabel.

Bastante claro está que esto, ¡ESTO!, es un diario. Uno de esos cuadernos donde una puede escribir la vida, los pensamientos, las penas, las alegrías, los enamoramientos... Sabes a qué me refiero, ¿no?

«¡Alucina, Carlota!», me digo. La abuela Isabel, la madre de papá, siempre ha sido rarita. Nunca entiende que las cosas importantes para mí no son las mismas que para ella cuando tenía mi edad.

Total, venga a esperar con unas ganas locas mi cumpleaños y..., ¡zas!, el día que cumpla catorce años, en vez de regalarme el disco compacto por el que suspiro desde hace un mes, ella va y me trae esta horterada.

Estoy a punto de abrir la boca para soltar mi contundente opinión sobre este cuaderno acolchado, de plástico de color rosa, con una gran mancha violeta. En medio de esta salpicadura violeta, hay una cerradura pequeñita,

donde se puede meter la llavecita que cuelga del cordón pegado al lomo... ¡Qué cuco, qué íntimo!, hasta se puede cerrar con llave, para salvar de las miradas indiscretas lo que se escriba en su interior...

Mamá me lanza una de sus miradas fulminantes. Tiene mucha práctica; casi más que yo. Me trago las protestas. Las miradas fulminantes de mi madre son más efectivas que un puntapié en el culo.

—¡Qué guay! ¡Qué idea tan fantástica! —digo, muy diplomáticamente.

La abuela me sonrío, encantada de la vida y convencida de que ha acertado de lleno. Mamá me dirige otra de sus miradas. Ésta dice: «¡Carlota, no te pases de rosca!».

Me callo. ¿Qué otra cosa puedes hacer cuando tu madre se pone de parte de la abuela regaladora de cursiladas? Cojo un trozo del pastel de chocolate hecho por mamá, me lo como a toda velocidad y, después, desaparezco por el pasillo, camino de mi habitación. Aún puedo oír cómo mamá le dice a la abuela Isabel:

—Ya se sabe... Está entrando en la adolescencia. Una etapa difícil...

Me encierro en la habitación y me tumbo en la cama, dispuesta a olvidar que es el día de mi cumpleaños. Si te lo fastidian, te lo fastidian, y no hay nada que hacer. Entonces, llaman a la puerta. Segura de que es el pesado de Marcos, mi hermano de once años, grito:

—¡Déjame en paz, moscón!

La puerta se abre poquito a poco y asoma una mano que sostiene un pañuelo blanco.

—¡Bandera blanca! —dice la voz de la abuela Ana—. ¿Puedo entrar?

No contesto en seguida. Aunque con la abuela Ana me entiendo, no tengo ganas de hablar con nadie. Un cumpleaños aguado es peor que una pelea con tu mejor amiga, porque hay que esperar TODO UN AÑO para arreglarlo.

—¿No estás de humor, niña? —pregunta la abuela mientras abre completamente la puerta, entra y viene a sentarse a mi lado en la cama.

Le enseño el motivo de mi malhumor.

—¡Toma! ¡Un diario! —exclama la abuela, con la misma voz con la que podría haber dicho: «Qué pantalones pata-de-elefante más fascinantes».

—Uf, sí, un diario.

—Por tu cara de asco, me parece que no tienes intención alguna de usarlo, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Qué te crees? ¿Que soy pequeña o mema?

—Ni pequeña ni mema. Te tengo por una chica muy espabilada.

—Y, sin embargo, ¿quieres que escriba mi diario?

—¿Y por qué no? Podrías... —la abuela coge el cuaderno y lo mira muy detenidamente—, podrías escribir sobre tus amores...

—¡Anda, abuela...!

—Mujer, no pongas esa cara. Lo digo por la tapa tan rosa... Claro que, con esta mancha violeta, se me ocurre que podrías hacer un diario feminista.

—¿Un qué? —La miro como si se hubiera vuelto loca.

—Sí, mujer. Podrías escribir todo lo que vieses a tu alrededor que fuera machista, es decir, cualquier situación o actitud de la vida pública o privada en que las mujeres son consideradas seres inferiores a los hombres.

—¿Y qué tiene que ver el color violeta con todo esto?

—El violeta es el símbolo del feminismo,\* de las personas que luchan por conseguir que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres. Se tomó este color en memoria de unas obreras de Estados Unidos que, por defender sus derechos, murieron quemadas en una fábrica mientras cosían telas de color violeta.

—¡Anda ya, abuela! ¿No te parece que estás un poco gagá? Si hace ya un montón de tiempo que las mujeres han conseguido que se les reconozca la igualdad con los hombres...

—¿De verdad crees que el machismo\* está superado?

Viendo la expresión de su cara, no estoy segura, pero asiento con la cabeza, porque me parece que ya no puedo echarme atrás.

—¡Ajá! —grita la abuela, con voz triunfante—. Eso es lo que tú crees, como mucha otra gente, y, sin embargo, no es así. Es verdad que, desde un punto de vista legal, se ha conseguido la igualdad, pero las costumbres continúan siendo machistas. Es más fácil cambiar las leyes que la mentalidad de la gente.

La abuela se me queda mirando. Después sacude la cabeza:

—Ya me doy cuenta de que no acabas de creerme. Tal vez te ocurre como a tantas y tantas personas que no advierten las desigualdades actuales porque son mucho más sutiles, menos visibles, que veinte años atrás. Hazme un favor, abre bien los ojos, observa si a tu alrededor hay situaciones de trato desigual hacia las mujeres y, si las hay, considera la posibilidad de escribir el diario violeta de Carlota.

—¿Y de qué me serviría un diario violeta?

—Pues... —la abuela se detiene unos segundos—, pues, para enseñarles las conclusiones a la gente de tu curso o para proponerle a vuestra tutora o tutor hacer un mural informativo o para enviarlo al Instituto de la Mujer o para...

—¿Más cosas aún? —pregunto, sorprendida.

La abuela pone cara de pilla.

—O, para cuando seas tan mayor como yo, dejárselo leer a tu nieta para que compruebe si ha nacido en un mundo más justo o todavía persisten las diferencias entre mujeres y hombres.

No contesto. No sé qué voy a hacer.

—Sólo trabajando podremos conseguir esa sociedad igualitaria. Por ello, es importante que escribas el diario —insiste la abuela.

Sin pedir permiso, Marcos entra en mi habitación:

—¡Felicidades, hermana galáctica! Mira qué regalo más chulo te traigo...

—¿Esto qué es? —pregunta la abuela arrugando la nariz y señalando una jaula pequeñita, de barrotes de alambre y base de madera.

—Un ratón blanco —dice Marcos.

—¡Oh! ¡Qué bien! —grito yo, encantada de la vida. ¡Qué idea tan buena ha tenido Marcos! Hay que reconocer que, a veces, el microbio usa las neuronas.

—¡Oh! ¡Qué asco! —exclama la abuela—. No quiero ni verlo y, sobre todo, no quiero olerlo: ¡apesta! No sé cómo has tenido esta idea de bombero retirado, Marcos. Ya veremos qué dirán papá y mamá.

La abuela, muy digna, se levanta de la cama y sale de la habitación. Marcos y yo nos quedamos contemplando la bolita de peluche blanco y ojos rojos. Se nos cae la baba.

## 9 de diciembre

¿Escribo un diario feminista o no? Ésa es la cuestión. Tal vez la abuela está llena de manías.

Eso es lo que pienso mientras, con la jaula de la ratita en las manos, voy hacia la habitación de Marcos. Como siempre, lo pillo echado en la cama, escuchando música a todo volumen.

—¡Maaaaaarcoooooooooos!

—¡Tía! —dice dando un bote—. ¿No puedes hablar en un tono normal, guapa?

—Puedo, claro, pero probablemente no me oirías con tantos instrumentos metidos en la habitación contigo. ¿Le ponemos un nombre o no?

—Ahora mismo.

Nos referimos a la ratita.

—Yo había pensado «Nata» —digo contemplando esa cosita tan blanca.

—¿«Nata»?

—Sí. ¿Por qué lo encuentras tan extraño?

—Porque «la» nata no le pega a «un» ratoncito. Yo había pensado «Azúcar»: «el» azúcar.

—No es un ratoncito sino una ratita —protesto.

—¡Un ratoncito! —contraataca.

—¡Una ratita!

Nos miramos con ganas de saltarnos a la yugular. Si no conseguimos ponernos de acuerdo ni siquiera en eso, ¿cómo vamos a encontrarle un nombre que nos guste a los dos?

Se me ocurre una idea brillante.

—¿Qué tal un nombre que sirva tanto para un ratoncito como para una ratita?

—OK. ¿Cuál?

—¿Te gustaría «Plaf»?

—¡Síii!

*Plaf* nos mira sin saber que ya tiene nombre.

### *12 de diciembre*

Hoy, a la hora de gimnasia toca trabajar con los aparatos: plinto, potro, barras... A mí me encanta el trabajo con aparatos y, además, se me da muy, muy bien. Un, dos, tres, ¡pataplám!, salto hacia arriba, doy una voltereta y caigo de pie por el otro extremo. ¡Una pasada...! A veces pienso que, de mayor, podría ser trapecista y trabajar en un circo... A Mireya, mi mejor amiga, también le encantan las clases de gimnasia.

En mi curso, hay gente a quien no le gustan demasiado los aparatos. Sobre todo, a Dani. ¡Uf! Cuando toca gimnasia o deporte, se caga y se va escondiendo por los rincones. No es demasiado hábil. Está un poco gordito y el culo le pesa. No se puede decir que coma como una lima, no; es que él es así. Además, no sabe saltar bien, ni jugar a la pelota... ¡Pero dibuja que te mueres...! Un día, hizo una caricatura de Comas, la profesora de lengua, y la colgamos en la pizarra. Incluso ella se reconoció y se meó de risa.

Total, que Dani es más bien negado para el deporte, pero dibuja muy bien. Y es muy simpático. Y explica historias de terror mejor que nadie, sobre todo, por las noches, cuando, a final de curso, vamos de campamentos con el colegio.

Todos hemos ido saltando el plinto y, al final, ya sólo queda él. Mira esa especie de caballo de madera con una mueca de miedo que no puede disimular. Parece que pien-

se: «Esto no es un plinto; esto es un tiranosaurio. ¿Cómo voy a lograr pasar por encima?».

—¡Vamos, Dani, que es para hoy! —grita el entrenador.

Dani lo mira con cara de víctima. Ésta es una cara que a mí me sale bastante bien, pero no tanto como a Dani. ¡Pobre Dani! Parece que diga: «¿Qué he hecho yo para merecer esta tortura?». Pero el entrenador se hace el loco:

—Venga, Dani, que saltes de una vez.

Dani empieza a correr. ¡Vale, que voy...! Y, al llegar delante del plinto, se para en seco.

Nueva mirada de víctima.

El entrenador, pasando de miradas torturadas.

Dani, que coge carrerilla otra vez. Y ¡jop!, pone las manos, salta y...

—¡Ay, ay, ay!

Se pega un trompazo contra el aparato y se queda sentado en el suelo. Por fuerza ha tenido que hacerse daño. Se nota. Su cara está muy roja y sus ojos, muy brillantes. Por las mejillas, le resbalan unas cuantas lágrimas.

—¡Pobre chaval! —me dice Mireya, dándome un codazo.

—Va, levanta. ¡Eres un nena!\* —le insulta el entrenador.

¿Le insulta? Ser «una» nena no es ningún insulto, ¿no? Pero el entrenador ha dicho «un» nena, y ha sonado a insulto. Te lo aseguro, te lo aseguro. ¿Eso es machismo?

### *13 de diciembre*

La abuela me lo confirma.

—Eso es machismo, corazón mío.

—¡Caramba! ¡Quién iba a decirlo de nuestro entrenador...! Si es muy joven y muy progre y muy moderno y muy guay...



—Y machista, como mucha gente. Tal vez, ni siquiera lo sabe...

—¿Estás segura?

—Segura. ¿No ves que el machismo se aprende? Todos los elementos machistas de la sociedad se nos van metiendo dentro del cerebro sin que nos demos cuenta. Precisamente, para ser conscientes, tenemos que ponernos unas gafas violeta\* y mirarlo todo con unos ojos nuevos, con ojos feministas.\* Sólo así podremos ver las discriminaciones que sufren las mujeres.

—Tienes razón. Así es como he mirado la escena del gimnasio. Si no me hubiera puesto las gafas violeta, no habría entendido que «ser un nena» es muy despectivo\* hacia las niñas.

—Así pues, ¿te he convencido para que escribas tu diario violeta?

—Casi...

—Mira. Te propongo un juego... Más que un juego, una encuesta. Pregunta a gente de tu alrededor qué piensa del feminismo, y si creen que la sociedad ha dejado de ser machista. Después, observa sus propios comportamientos y compáralos con las respuestas.

Cuelgo el teléfono porque es la hora del entrenamiento de *Plaf*.

Marcos y yo estamos adiestrando a la ratita para que se levante apoyándose sobre las patas traseras. Marcos está decidido a conseguir, incluso, que dé más de tres saltos seguidos.

—¡Anda, enano! ¿No te estarás pasando?

—Mira...

Es verdad. Ya ha conseguido que dé dos.

¿Que cómo lo hacemos? Fácil: dándole trocitos de almendra cada vez que va aproximándose al objetivo, esto es, a lo que queremos que aprenda.

—¡Salta, *Plaf*, salta!

—¡Levántate, *Plaf*, levántate!

Como se pirra por los frutos secos, se aplica mucho.

### *14 de diciembre*

Tal como le prometí, ayudo a Marcos a adornar el árbol. ¡Ojo, es un árbol de mentira! En casa somos muy ecológicos; no tenemos por costumbre cargarnos los abetos.

Nos lo pasamos pipa colgando adornos y bolas en las ramas. Mientras, la tele está puesta; oímos su murmullo de fondo, pero no la escuchamos.

Conseguimos poner el último adorno, una estrella de purpurina, en la cúspide del árbol sin haber hecho demasiados estropicios. Resultado final: tan sólo dos bolas rojas rotas, una guirnalda de luces fundida, un muñeco de nieve resquebrajado.

—Podría haber sido peor —comenta papá, cuando pasa a comprobar las bajas entre los ornamentos navideños.

Cuando papá desaparece, me saco del bolsillo del pantalón la sorpresa que he preparado para Marcos y la cuelgo del árbol.

—¡Eh, hermana galáctica! —me dice Marcos, con cara de éxtasis total—. ¡Qué idea tan buena!

—Sí, lo es, renacuajo —digo, satisfecha de mí misma, porque es una guirnalda muy original. «Marcos Tarradas», dicen las letras de papel de plata que he recortado y que bajan verticalmente desde una rama del árbol.

Marcos me da un beso.

Me siento en el sofá a descansar.

—¿Una coca-cola? —me pregunta Marcos, guiñándome un ojo.

—¿Una coca? —le digo sin creérmelo. Mamá es una militante anticocas (según ella saben a desinfectante de váter), y no nos deja beber nunca.

—La convencí para que me dejara comprar unas cuantas ya que es Navidad.

—¡Estupendo, microbio!

Mientras el microbio corre a la cocina a buscar las latas, yo me acurruco en el sofá y veo la tele.

En la pantalla hay un señor muy vestido y muy elegante, y una señora, también elegante... pero poco vestida, la verdad. Ella lleva una especie de bañador diminuto, que a duras penas le tapa nada, unas medias de malla y unos zapatos de tacón muy alto. El hombre habla y la mujer escucha, asiente con la cabeza y sonrío. Parece mema. Cuando, por fin, el hombre la deja intervenir, ella se limita a repetir el número de teléfono al que tienen que llamar los telespectadores y que ya se encuentra sobreimpreso en la pantalla.

Oigo el timbre de nuestro teléfono, pero no me muevo. Por una vez, que conteste Marcos, ¿no?

Pienso en la señora del programa: ¡Qué papel tan penoso, la pobre! ¿Eso también debe de ser discriminación?\*

—¡Foca asmática! —me grita Marcos, que, ¡sí!, ha contestado—. ¡Es Mireya!

Corro al teléfono.

15 de diciembre

Decido llamar a la abuela, después de enseñar algunos ejercicios acrobáticos a *Plaf*. Mientras voy hacia el teléfono, me pregunto si no podríamos resultar un buen número de circo *Plaf* y yo juntas.

—Claro que este concurso establece una discriminación, como tantos otros de la tele —me responde la abuela—. ¿Quieres que te explique un sistema para saber cuándo una situación es discriminatoria para la mujer?

—¡Sí!

—Tienes que aplicar la regla de la inversión.

—¿La qué?

—La regla de la inversión, es decir, darle la vuelta a la frase o a la situación. Allí donde está el hombre, poner a la mujer, y al revés.

—Por ejemplo, ¿imaginar me la caja tonta con una señora vestida y hablando correctamente, y un señor en slip y repitiendo burradas o cosas sin importancia?

—Eso mismo.

—Pues ya se ve que los concursos de la tele, con señoras medio desnudas y en plan loro, son discriminatorios.

—Exactamente.

—Muy bien. Tengo que dejarte, abuela. —Cuelgo y, a toda pastilla, voy a ver qué demonios le pasa a Marcos, que grita como si le estuvieran arrancando la cabellera.

—¡Se ha escapado!

—¿Quién? ¿Qué? —pregunto, llegando nerviosa a la cocina.

—¿Quién quieres que sea? *Plaf*.

—¡Jolín! Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

—Se me ha escapado a mí —dice Matilde, que entonces

entra en la cocina. Mete la fregona en el cubo y se vuelve hacia nosotros con la mirada desafiante—. Y no quiero ni oíros. Si hubieseis limpiado su jaula y hubieseis cambiado los algodones, no habría apestado de ese modo y no habría tenido que hacerlo yo. De manera que ¡andando!

Su gesto es tan elocuente, que no vale la pena añadir nada. Sale de la cocina con aires de princesa. Esos aires los copia de mí; cuando me enfado, tengo una especial habilidad para poner cara de princesa altiva.

### *16 de diciembre*

—¡Espero que lo encontréis! —han gritado mamá y papá, cada uno por su lado, pero con la misma voz de trueno y la misma cara de enfadados.

—¡Esperamos encontrarlo! —nos decimos Marcos y yo, con la misma tristeza entre pecho y espalda.

Registramos la casa sin olvidarnos de ningún rincón. Al menos, eso es lo que nos parece. Cuando acabamos, tenemos que admitir la desaparición de *Plaf*.

—No puede haberse disuelto en el aire —digo—. Puede que se haya escapado por la escalera y esté en algún piso del vecindario.

Nos repartimos los pisos de la escalera para intentar encontrar a la ratita. Yo subo a casa de Laura.

Laura es una vecina que nos hacía de canguro a Marcos y a mí cuando éramos pequeños. Tiene veintitrés años y está acabando Económicas en la universidad. Como su hermano gemelo, Toni. Se parecen tanto, que incluso han elegido la misma carrera. Eso sí, Laura siempre ha sido mucho más estudiosa que Toni. Cuando venía a casa las noches en que papá y mamá salían al cine o a cenar, ella,

después de meternos en la cama, aprovechaba el rato para empollar.

De paso que busco a la ratita, le preguntaré qué piensa del machismo y el feminismo.

Me abre la puerta Jacinta, la madre de los gemelos. Una señora que debe de tener unos cincuenta años. Es más joven que la abuela Ana, pero mayor que mi madre.

—Pasa, niña, Laura está en su habitación.

—Laura, vengo a preguntarte dos cosas... ¿Puedo?

—Si son cortitas, sí. Es que voy de cabeza, ¿sabes? Tengo exámenes y me juego mucho. No quiero sacar menos de un notable, que es la nota media que tengo hasta ahora.

—Vale, vale. Sólo un segundo. Primera pregunta: ¿habéis encontrado una ratita blanca?

Me mira sorprendida:

—No. Y más vale que no la encuentre mamá: estoy segura de que no le haría ninguna gracia.

«¡Lástima!», pienso. Había confiado en que abriese un cajón y la sacase de dentro. ¡Vaya disparate!

—¿Segunda pregunta? —dice ella.

—¿Tú crees que la sociedad es machista?

—No. Ya no. Tal vez lo era cuando mi madre y la tuya eran jóvenes, pero ahora ya no. Nosotras ya hemos llegado a la época de la igualdad entre mujeres y hombres.

—¡Ah! ¿Y qué piensas de las feministas?

—¡Oh! Me parecen un rollo... Siempre hablando de lo mismo, siempre discutiendo sobre los derechos de las mujeres. Si es un discurso pasado de moda, Carlota...

—¡Ah! Pues nada, sólo quería saber eso. Hala, te dejo estudiar.

Subo a casa de Lola y Manuel, y me abre la puerta su hijo de seis años.

—¿Una *datita*? —me pregunta con los ojos muy brillantes y muy abiertos.

—No —dicen Lola y Manuel, que acuden volando para saber a quién diantre le ha abierto la puerta el pequeñajo de la casa—. No hemos encontrado ninguna ratita.

Entonces, le enchufa a Lola mi pregunta. Manuel se va, llevándose al niño.

—¿Que si creo en el feminismo?! Claro que creo, Carlota. ¿Acaso no sabes que yo soy una militante de toda la vida? Igualdad, igualdad, igualdad. Tenemos que conseguir la igualdad en todas las esferas de poder, si es necesario aplicando la discriminación positiva,\* o sea, favoreciendo a las mujeres. Además, hemos de ser inflexibles con los hombres: hay que repartir al cincuenta por ciento las tareas de la casa y la educación de los hijos. Y tenemos que adoptar muchas de las características de los hombres, si queremos triunfar en este mundo.

Se detiene porque si no coge aire, se ahoga.

—¡Qué postura tan radical, tan extrema, la de Lola! —exclama la abuela cuando se lo comento—. No estoy de acuerdo al cien por cien con lo que dice. De entrada, Lola está muy resentida con los hombres y parece que en vez de luchar «con» ellos por conseguir un mundo mejor, esté dispuesta a luchar «contra» ellos. De salida, no creo que la solución pase porque las mujeres nos volvamos como los hombres, sino porque incorporemos características tradicionalmente consideradas masculinas (por ejemplo, la capacidad de tomar decisiones) y porque

ellos incorporen las tradicionalmente consideradas femeninas (por ejemplo, la ternura).

*18 de diciembre*

Hoy en el supermercado, me encuentro a Laura. Casi no me ve. Va a toda prisa, empujando el carrito por los pasillos, entre botes de mermelada y paquetes de arroz. Parece que lleve un cohete en el culo.

—¡Eh, Laura! ¿Y tus estudios y tus exámenes?

—No me hables... Me queda aún una montaña de trabajo...

—Y, entonces, ¿qué haces aquí?

—A mamá le duelen las rodillas y no puede venir a comprar.

—¿No podía venir Toni?

—No... él... no tiene práctica. Además, mamá ha dicho que su deber era estudiar, que tiene que sacarse la carrera este mes de junio, que...

—¿Y tú no? Me parece una injusticia.

—Sí. Ahora que lo dices, veo que lo es.

—A mí me parece una discriminación.

Por la noche, al llegar a casa escribo: a veces, ni siquiera las mujeres se dan cuenta de la discriminación que sufren. Después, la abuela me explica que, a eso, se le llama alienación.\*

—Quiero decir —me aclara la abuela— que Laura, por influencias de su familia, ha acabado por confundirse con el paisaje general, ¡y ni se entera!

Me explica que es frecuente que, habiendo sido educadas según determinados valores, las personas no perciban las discriminaciones de que son objeto.



—Por ejemplo —dice—, nuestra sociedad es patriarcal.

—¿Patriarqué?

—Patriarcal, es decir, una sociedad en la que lo masculino se considera superior a lo femenino; se considera a los hombres más capaces que a las mujeres...

—¿Todavía hay quien piensa así?

—Pues claro. De no ser así, los puestos de responsabilidad no estarían ocupados sistemáticamente por hombres. Piensa, por ejemplo, que el noventa por ciento de los alcaldes en España son hombres o que de cien premios Nobel otorgados en literatura sólo ocho han sido para mujeres...

—Se diría que la sociedad ha venido aplicando siempre sistemáticamente la discriminación positiva hacia los hombres, ¿no?

La abuela se ríe.

—Efectivamente, y ésa es la razón por la que hay que establecer ahora por ley una discriminación positiva hacia las mujeres. De no ser así, no conseguiríamos cambiar la tendencia que ha favorecido siempre a los hombres y no equilibraríamos nunca la balanza.

—Comprendo.

—Sigamos con el patriarcado.\* En la sociedad patriarcal, en la familia patriarcal, los hombres mandan y las mujeres obedecen. Son muchas las mujeres que, educadas en este esquema, no son siquiera conscientes de ello. Son las que aceptan determinadas situaciones sin ponerlas en cuestión, considerándolas normales.

—Como ha hecho Laura al ir a la compra para que su hermano pudiera seguir estudiando.

—Exactamente. Otras mujeres, en cambio, creen haber superado los límites del patriarcado porque han llegado a

posiciones relevantes y, sin embargo, siguen en una posición de dependencia de los hombres porque se limitan a copiar el modelo masculino; es otra forma de alienación.

### *19 de diciembre*

¡Último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad! ¡Qué bien!

Mireya y yo nos miramos. Por una parte estamos contentas con los días festivos que tenemos por delante; por otra, tristes al pensar que no vamos a vernos ni a hablar-nos durante casi tres semanas.

—Si tuvieras un móvil... —me lamento.

—Ya sabes: mamá dice que ni hablar —me contesta, aún rebotada con su madre—. Aparte de que en la estación de esquí tampoco hay cobertura. Y, además, no protestes, que tú tampoco tienes móvil.

—¡Ay! —suspiro—. Confío en los regalos de reyes...

Nadie tiene ganas de dar clase. Hemos terminado los exámenes y sólo nos apetece charlar, reír, armar jaleo... Menos mal que Ramos, el profesor de ciencias, ya lo tenía previsto y se pasa la clase leyéndonos distintos textos y algunas noticias del periódico y, luego, nos pide que los comentemos.

—¡Eh, chicos! Fijaos en esta noticia.

Y lee:

«Se ha podido demostrar que los monos jóvenes que dedican mucho rato a jugar tienen el sistema inmunológico en mejores condiciones y, por tanto, se ponen menos enfermos que aquellos que no juegan. Los científicos piensan que, seguramente, en el caso de los niños pasa lo mismo».

—¡Una noticia estupenda! —dice Elisenda, que siempre remolonea para prolongar el tiempo de recreo—. Creo que deberíamos exigir a la dirección del colegio que intercale más ratos de ocio durante el día.

—¿Y qué? —contesta Raúl—. A ti no te afectaría eso. Ramos ha dicho que pasa con los monos y tal vez con los niños, no con las hembras de mono y las niñas.

—¡Ah! —soltamos todas las de clase, mirándonos desanimadas.

—Pero, Ramos, tú has dicho: «Mirad, chicos». Y nosotras hemos creído que te referías a los chicos y a las chicas.

—Bien, en este caso, me refería a los chicos, porque la noticia yo la entiendo como ellos: referida a los monos y a los humanos de sexo masculino.

¡Riiing! El timbre de final de las clases.

¡Guau! ¡Ya era hora!

Nos ponemos a alborotar frenéticamente. Ramos se enfada.

—¡Callaos! —chilla.

La primera vez no le hacemos caso.

La segunda:

—¡Callaos o, de lo contrario, os hago venir el primer lunes de vacaciones a trabajar al colegio!

¡Amenaza superefectiva! Nos callamos completa e inmediatamente.

—Y ahora, chicos —dice Ramos, con voz normalizada—, poneos en fila.

Los chicos se levantan y se ponen en fila para salir del aula. Las chicas continuamos sentadas. Ramos nos mira como si se nos hubiese ido la bola.

—¿Qué os pasa a vosotras?

—Nada —contesta Mireya, mirándolo como si el chiflado fuese él.

—¿Y por qué no os levantáis, si puede saberse?

—¡Porque has dicho «chicos»! —gritamos a la vez sin necesidad de ponernos de acuerdo.

—Pero esta vez me refería a los chicos y a las chicas.

Qué lío, ¿verdad?, que el masculino plural unas veces quiera decir ellos, y otras, ellos y ellas. Tengo que comentárselo a la abuela.

### *20 de diciembre*

Hoy, sábado, Marcos se va con mamá y papá al mercado de Navidad.

—¿De verdad no quieres venir con nosotros? —pregunta mamá, aún con la boca abierta, porque es el primer año que no voy con ellos a curiosear o a comprar bolas de cristal para sustituir las que se rompieron cuando adornamos el árbol.

—No, no. Tengo que ir a discutir con la abuela una cuestión muy importante.

Cuando están subiendo los tres al coche, Marcos me hace burla:

—¡Me alegro de que no vengas, atún podrido! ¡Seguro que me compran lo que pensaban comprarme y, además, lo que tenían previsto para ti!

—¡Pues que te aproveche, enano!

Llego a casa de la abuela, que no está sola. Está con Pepe, un amigo muy, muy amigo.

Le explico a la abuela lo complicado que es saber si «chicos» se refiere a ellos o a ellos y ellas.